

CRITICA DE ARTE

Pinturas de Cecilia Vicuña

Por ANTONIO R. ROMERA

Se exponen en la Galería Point. En los últimos meses el nombre de la artista se ha visto con frecuencia en las reseñas críticas. Primero en 1971 con motivo de las dos exhibiciones en la Sala Forestal. En Antofagasta ese mismo año presentó sus pinturas y sus poemas (además de pintar, escribe, suponiendo que muchos de sus trabajos plásticos no rocen lo literario). En 1972 concurre al Salón de Pintura instintiva de Chile organizado en el Museo Nacional de Bellas Artes.

En estos momentos exhibe en "Point" quince óleos y un biombo.

Cecilia Vicuña pertenece a una especie de clan intelectual que ha tenido y tiene mucho peso en el desarrollo espiritual en Chile. Esa gravitación comienza, por lo menos desde mi punto de vista (hay otros anteriores, claro), en el viejo don Carlos y remata en Cecilia. Todos han sido siempre un poco anticonformistas y mucho "petroleros" mentales. En este sentido Cecilia se parece más —como quiere la tradición— al abuelo que a los padres.

Sus obras lo demuestran.

El conjunto es agradable, no convencional, gracioso, distinto a lo que se suele ver. A veces desconcierta y resulta arduo encajarlo dentro de los cánones establecidos.

El hecho de que Cecilia Vicuña figure en el Salón de pintura instintiva (o ingenua o "naive", como también se la designa) demuestra que algo debe de haber para incluirla en dicha corriente.

Pero no es sólo una mirada ingenua ni de los llamados primitivos modernos de los pintores "de domingo". Su arte es un poco más complicado. En él se acumulan a veces inclusive cosas contradictorias. Por ejemplo, al lado de unas formas de creación nacidas de lo irrazonado, de la ausencia, de fundamentos esenciales y torpeza extrema del dibujo derivada de la ausencia de un aprendizaje sistemático y riguroso, afloran elementos intelectuales.

Esta última es la razón de que algunos de los glosadores relacionen sus obras con determinada vertiente del superrealismo. No están sólo sus contactos en México con Leonora Carrington (de estilo formal tan opuesto) sino en el relente conceptual y literario reflejo de ciertos autores que vienen a ser claves de esa escuela: Artaud, Breton, Von Arnim, Rimbaud, Holderlin, etc.

Una tela que figura en el catálogo con el número 3, y título de "Amados", constituye una especie de manifiesto y la expresión de los ideales de la artista. El complemento de sus creencias políticas y sociales está en la cara interior del biombo.

Pero volviendo a la pintura N° 3 encontramos en ella a los autores citados y además a un personaje de ficción: Alicia, la protagonista del libro famoso de Carroll, a Lezama Lima, el cubano, a Van Gogh, a Lao Tzu y a Cristo.

Una de las pinturas lleva como título un texto del novelista habanero: "El afán indomeñable de llegar a la ciudad tibetana de lo estelar donde el hombre conversa con el búfalo blanco" (es la que reproducimos).

La composición posee un contacto marcado con lo conceptual y sus implicaciones se relacionan con valores formales (propios de la pintura) y si literarios (pertenecientes de preferencia a la poesía).

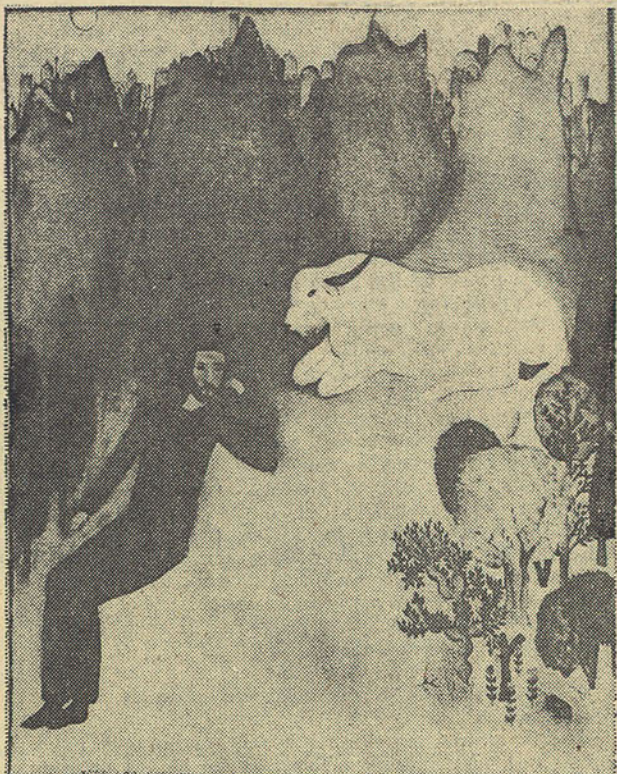
He dicho que el conjunto es agradable, no convencional y distinto a lo que se suele hacer.

Veamos enseguida un rasgo peculiar de los creadores instintivos que se ponen a escribir o a pintar. Son siempre introspectivos y autobiográficos.

Todas las obras colgadas en "Point" o casi todas, aluden de alguna manera al pintor que las realizó. "Basura" es un autorretrato de la autora que se ofrece desnuda y que parece apoyada en una ciudad de fantasía. Son, sin duda, alusiones a determinados momentos de su vida. Una serie de hombres también desnudos. La pintura tiene rasgos simbólicos y un diseño apurado, táctil.

La tela más anegada de sustancia confesional es obviamente "Autobiografía". Son once retratos que la pintura se hizo en diversas etapas de su vida: desde 1949 (en visión —claro— retrospectiva) hasta 1971, tal como a veces la hemos visto en TV en actitudes un tantico dogmáticas. Es la de 1971 la efígie más parecida.

Sigamos con las sugerencias transmitidas por estas pinturas.



"El Búfalo Blanco" de Cecilia Vicuña, expuesta en Galería Point. Las obras permanecerán en esta sala hasta el 5 de enero.

He insistido en subrayar los contactos de Cecilia Vicuña con el dominio literario no sólo por ver en ello el reflejo de la tendencia onírica, sino por estimar que su arte es, casi en su totalidad, fruto de unas formas cultas, es decir, producto de la educación en una atmósfera en donde se rinde culto a las cosas espirituales y sobre todo al saber.

No sólo alterna la plástica con la poesía (el autorretrato que figura en el catálogo es notable por su desenfado y por su gracia: "Tengo el cráneo en forma de avellana y unas nalgas festivas (hallazgo singular) a la orilla de unos musios cosquillosos de melón...", etc.). Sus títulos constituyen a menudo una glosa de ciertos autores. Lezama Lima en la tela 2: "El afán indomeñable de llegar a la ciudad tibetana de lo estelar donde el hombre conversa con el búfalo blanco".

Y la N° 7: "Lamento no haber podido proporcionar, como complemento de la ilustración de este texto, la fotografía de una locomotora que hubiese sido abandonada durante años al delirio de la selva virgen" (André Breton).

La paradoja en este caso se halla en el hecho de que la pintura, como tal, como ejercicio de un oficio, aparece con fuertes fallas. En cambio, la fantasía, la capacidad creadora, inventiva y poética queda muy evidente. En resumen, para volver a la vieja idea que he solido defender en estas mismas columnas: Cecilia antes que pintora es artista. La diferencia entre ambos conceptos la creo ostensible a poco que se piense un poco en ello.

Las debilidades técnicas y el cultivo de lo misceláneo y autobiográfico han llevado a muchos a considerar a Cecilia Vicuña dentro del terreno de los pintores ingenuos.

Eso es cierto. Empero el lado de lo razonado debe desconcertar. Lo intelectual y la intuición suelen hacer una coyunda inarmónica. Pero a veces, no es así. La pintora consigue buenos acordes en los tonos más refinados y apacibles de la tela N° 2, la inspirada en un texto del novelista habanero.

Lo mismo sucede en "Carmen". En "Basura", con reminiscencias del Bosco, se advierte el empleo de una paleta bien acordada. "Leopardo de nieves", pese a ciertos descuidos de dibujo, es una composición atractiva. Los tigres, leopardos y otras fieras parecen ser del agrado de la artista y suelen poblar sus cuadros. Es ésta una tendencia superrealista. Me parece que Rimbaud afirmaba que los grandes "fauves" tenían algo de luciferinos.

Y al llegar a dicho punto quisiera anotar otro de los caminos seguidos por el arte de C.V. La influencia es remota y tal vez de espíritu más que formal. De comunión afectiva y no tanto de simples préstamos figurativos.

Aludo a Henri Rousseau, el Aduanero. Yo veo esos contactos esencialmente en dos lienzos: "Pantera negra y yo" y "Leopardo hermano".

No me refiero al gusto por el ornamentalismo vegetal al que C. V. no es aficionada, sino a cierta tonalidad a una atmósfera sutil.